

# **UNA VIDA CUALQUIERA**

Copyright 2018 AU CENTENO  
Published by AU CENTENO at Smashwords

## **Smashwords Edition License Notes**

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be resold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your enjoyment only, then please return to [Smashwords.com](http://Smashwords.com) or your favorite retailer and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

## Table of Contents

[DUBOTSKY](#)  
[LA GORDA](#)  
[LOS SIN SENTIDO](#)  
[ELECCIONES](#)  
[LA MALETA](#)  
[LA ROTONDA](#)  
[EL ENCUENTRO](#)  
[EL BANCO](#)  
[EL CIELO](#)  
[FIESTA](#)  
[DE VUELTA A LA CALLE](#)  
[TÉ CON ESPIRITISTA](#)  
[PSIQUIÁTRICO](#)  
[LA PATATA MATUTINA](#)  
[PRIMER EMPLEO](#)  
[ASALTO PISO](#)  
[ESCUELA LIBRE PENSAMIENTO](#)  
[REGALO AURELIA](#)  
[HORNILLO](#)  
[CAFETERIA](#)  
[FIESTA DISFRACES](#)  
[LA HERENCIA](#)  
[BERNARDA SHAW](#)  
[LA CASA DEL FANTASMA](#)  
[GUARDA](#)  
[GIRO 180°](#)  
[TIENDA](#)  
[HUIDOS](#)  
[TENIENTE](#)  
[TIERRA INHÓSPITA](#)  
[TIENDA ROPA II](#)  
[CINE](#)

## DUBOTSKY

Las hojas suavemente se mecían bajo el templado soplo del atardecer, el cielo con borbotones de nubes danzaba; se tiznaba de violetas y azules en un lado, y rojizos y anaranjados en el opuesto. Se abrían dos frentes, el de la noche que poco a poco lo inundaba todo y el del atardecer, quemándose en una última exhibición de colores cálidos y volcánicos. Dubotsky se sentó en un banco de madera frente al estanque por donde algunos viandantes paseaban mientras echaban pan a las palomas. El sol apuraba su trayectoria por el filo del horizonte como si estuviera cayéndose, en señal del preámbulo de su desaparición y bienvenida a la noche. Se sentía confuso; un escalofrío recorrió su espina dorsal. No tenía la menor idea de que iba a hacer, a donde iba a ir, que iba a ser de su vida. Veía con incertidumbre el futuro desconocido, como si atisbara un extraño destino, que ahora parecía colgar de un hilo. Una sensación no acostumbrada le inundó.

Durante lo largo de su vida no había tenido que pensar en tomar decisiones importantes, los caminos que había tenido que escoger se habían desplegado dócilmente ante él, evitándole tomar decisiones que le pudieran llevar por derroteros poco previsibles o para cuya elección necesitara sopesar detenidamente. Su vida hasta ese momento había sido lineal y rutinaria. Acabó la escuela y se matriculó en la universidad de su misma ciudad, cursó empresariales y empezó a trabajar en la primera empresa que se interesó en contratarle y en la que había permanecido, por diez años, hasta esa misma tarde. Dubotsky, había sido un alumno de esos que pasan sin pena ni gloria, adaptándose a las exigencias académicas, como la gran mayoría de los estudiantes, sin quejas, pero sin un gran entusiasmo por lo que estudiaba y aprendía. Había sido, para ser más precisos, un colegial enclenque, timorato y de poca iniciativa. En su inocente vislumbrar, era incapaz de adivinar que la razón por la que tanta gente se incomodaba a su lado, era porque; poseía la capacidad de remover el interior de las personas más allá de la consciencia que ellas mismas tenían de sí. Podía, sin quererlo, provocar que estas ahondaran en profundidades de su psique desconocidas y tambalearlas con la mirada, una mirada que poseía la integridad de un santo. A veces reflejaba la iniquidad propia de los otros, sus miedos, las fallas de su alma, y otras veces sus grandezas. Claro que todo esto no era para nada demostrable empíricamente, pertenecía esa esfera de cosas que no se suelen racionalizar, pero que de algún modo se saben. Quizá por ello, inconscientemente, Dubotsky siempre evitaba confrontar los ojos de los otros y miraba hacia otro lado. Quizás por eso, suponía una amenaza para la mayoría de los líderes y ávidos de poder que no son concedores realmente de las verdaderas razones de su ambición y por eso desde que trabajaba en Eins&Eins S.A, su jefe nunca le había permitido el ascenso a pesar de ser un trabajador perfeccionista y riguroso, realizar horas extra, llevar una imagen siempre impecable, una puntualidad rigurosa y el cumplir siempre con los objetivos. O tal vez porque simplemente no era un tipo halagador y con don de gentes.

Justo aquella precisa tarde en el parque, parecía como si el sol al despedirse se quemara, echara lava, y que las emociones de Dubotsky se mimetizarán con esos mismos colores y desprendimientos del cielo. La gota que había colmado el vaso fue ese adulador de Thomas, solo llevaba tres años en la empresa y durante todo aquel tiempo se había dedicado a minar el trabajo y la reputación de Dubotsky en beneficio suyo. Siendo ese el ardid para su propio ascenso. ¿Sería un cobarde Dubotsky por no plantarle cara, por dejarse arrebatar lo que por verdadero mérito le pertenecía?

En realidad, él no conocía esos tejemanejes propios del entramado social y el trato con los otros, no captaban su atención, no sabía de la competencia desleal y salvaje, de la traición, de la calumnia... En fin, de todas las armas que se utiliza con los otros para medrar o mermarles. Era un ingenuo, un cándido. Pero ahora, de algún modo, algo se le había removido por dentro, una extraña inquietud que había desembocado en la pregunta de si se sentía a gusto con su vida, con lo que hacía. Se había dado cuenta en realidad de qué lo que se suponía que debía ir pasando una vez había empezado a trabajar no le interesaba, no iba a llenar su vida; ni ascender ni ganar más dinero.

Su madre se quejaba, se quejaba de la falta de ímpetu del hijo, de ambición, de dominación. No, no había sido Thomas quien le había provocado aquel malestar, quizás le hubiera arrebatado el puesto con malas artes, pero lo que realmente había hecho era revelar algo oculto que latía en su interior desde siempre. Y que ahora se había manifestado y pasado a un primer plano poniendo en evidencia su verdadera voluntad. Se dio cuenta de lo fútil de su trabajo, por ejemplo; lo prescindible de su persona. La mecanicidad laboral, lo insignificante que era para el mundo. Para su empresa solo era un individuo que ejecutaba una tarea determinada, un trabajador más que se desgastaría y se cambiaría por otro cuando ya no funcionara, un hombre que rellenaba los asientos contables a su debido tiempo y cuya carencia de ambición lo sepultaría bajo el rótulo de oficinista durante una retahíla de años por las que pasaría sin mayores pormenores hasta que las primeras canas aflorasen en su cabeza y lo jubilaran. Podía ser que tuviera treinta y cuatro años y aquellos pensamientos supusieran una rebeldía tardía después de años de aletargamiento y connivencia con el plan seguido en su vida. Pero ahora por primera vez sentía un escalofriante y perturbador vacío. Pasaba los años encerrado en una oficina, donde todo el paisaje que se podía ver a través de una ventana metálica era un conglomerado de edificios sombríos, en una gran sala con muchas mesas que acumulaban torres de papeles, bajo el ruido ensordecedor de las máquinas de ventilación y las máquinas de café agridulce.

Sabía que había gente práctica, que cogía su dinero al final del día y le hacía un corte de manga a todo ese entramado. Qué se podía hacer sino trabajar si se quería pagar la hipoteca y el coche y llevar el pan todos los días a casa. El trabajo solo era un medio de subsistencia, pasable; aguantable. Pero para él, tantos años sin una queja ni una duda, ahora todo se le antojaba una rutina alienante, rutina que no le enseñaba nada de sí mismo y las cosas importantes de la existencia. Aun todo, podía darse con un canto en los dientes. Tenía un trabajo, un sueldo fijo y unas buenas condiciones laborales. Sí, pero, ¿Qué sabía él de la vida?, ¿Qué sabía del Sol? ¿Si se despertaba de noche y de noche volvía a casa, entre el aire de humo del tráfico enfurecido, de las siete de la mañana, hasta la caída de las verjas metálicas de los escaparates de las ocho de la tarde? Tenía claro que no podía seguir así, pues se había creado una fractura en sí mismo respecto a su estado actual, pero tampoco sabía que podía hacer. Así que cuando aquel rubio que parecía la simbiosis de un querubín y un inspector Gadget, como salido de un comic, e introducido en una gabardina color caqui, apareció; significó mucho más para Dubotsky que una mismísima aparición religiosa. Fue la materialización de una señal y no un inoportuno contratiempo, o un tipo más, (estrambótico, eso sí), como resultaba ser para el resto de transeúntes que se dejaban caer por allí en las últimas horas muertas de aquel domingo ceniciento. Una pareja que se daba besos arrebatadoramente no pudo más que esbozar un gesto de displicencia al ver acercarse a semejante sujeto. Para ellos solo existían las casualidades y no las señales del destino. Ese tipo solo suponía una casualidad de domingo, cruzándose en su espacio y tiempo. Azares ignorados les hacían coincidir con aquel inoportuno tipo, que, bajo su fugaz y firme juicio,

no era más que uno de esos tipos marginales que llenan las grandes ciudades. Estaban acostumbrados, era lógico, podía ser un vendedor ambulante de cualquier especie, un alcohólico, un vagabundo o un fanático de alguna religión. Cualquier cosa pasada de rosca, pero en definitiva... un indeseable. Tal vez uno de esos tantos sujetos engullidos por la soledad de la ciudad. En cualquier caso, una fastidiosa interrupción a sus urgentes amoríos, una sombra más de tantas otras que pasan por la vida de un individuo y que no quedaría conscientemente grabada en el álbum de sus recuerdos. Otra mujer que por allí circulaba pensó que aquel hombre lo que hacía era cubrir su cuerpo desnudo con aquella gabardina y se escandalizó.

-No señora, no pretendo impactar con tan deshonestas y poco elegantes artes, no busco atemorizar a probables atemorizables como usted, no me tome por un perverso... yo... solo quiero platicar, mire pertenezco a una orden...- Se explicó el extraño tipo.

-Usted no está bien de la cabeza, ¡déjeme! - contestó la señora alterada y enojada a la vez, marchándose.

-Dispense- Intentaba disculparse con caballerosidad el asaltante. Nadie parecía querer dialogar con aquel presunto tarado.

Se abría ya la noche azul marino, era una de esas noches pálidas de invierno, algún barbo cabriolaba todavía por el agua y las últimas barcas de enamorados se apeaban en el embarcadero. El querubín de ojos azules, se sentó en el mismo banco macizo de granito en el que estaba Dubotsky. Se frotó las manos por el frío y echó vaho por la boca. Luego, con aire chulesco saco una pitillera plateada y se encendió un cigarro, no sin antes ofrecerle uno al desconocido que tenía al lado.

- ¿Quiere? Ya hace frío ¿Verdad?

-No fumo gracias. Cierto, hace frío. - Contestó Dubotsky.

-Se le ve meditabundo, ¿tiene alguna preocupación?

-Pues la verdad es que... - Dudó un momento, pero la desesperación le empujó a expresar sus verdaderos sentimientos a aquel desconocido – tengo una preocupación bastante importante, no sé, tengo una crisis con mi vida, ¿suenan estúpido verdad? - Sus ojos ambar se posaron fijos y apesadumbrados en los del otro, al que parecía que se le iluminaban los suyos como perlas celestes de lo claros que eran.

- ¿No me diga? Parece oficinista, a mi me pasó eso hace cierto tiempo. Digamos, hace mucho tiempo, lejano tiempo... ahora soy afortunado, he encontrado un objetivo, mi misión, mi razón de ser. Esta duda existencial yo creo que nos sobreviene a todos en algún momento de inflexión en nuestras vidas. Algunos cambiamos drásticamente, al rechazar todo lo que hasta ese momento habíamos sido, una escisión brusca, otros, sin embargo, tras este tipo de dilemas, deciden resignarse y buscar la mejor manera de sobrellevar su insatisfacción hasta aniquilar todas las dudas y convencerse de que no hay opción ni cambio alguno más que buscar el sentido en las pequeñas cosas y momentos gratos, amoldándose a las arideces de la vida. Ambas opciones son válidas y difíciles, pero yo diría que usted es de los míos. - Se quedó con el brazo apoyado en la rodilla como un gran orador-

- ¿Usted cree? Yo siempre he hecho lo que se me iba indicando.

Jugaba el desconocido con una pajita amarilla entre sus dedos distrayéndose por momentos.

-Ese tipo de personas, son las de mayor determinación- Continuó- Cuando deciden dar un giro a su vida lo dan de verdad, y de ciento ochenta grados, deciden pocas cosas, pero cuando deciden, deciden. Yo ya no pertenezco al sistema ni a sus engranajes. Hace largo tiempo lo dejé y ahora solo me acerco a él para hacer mi servicio y alumbrar ovejas

descarriadas, ovejas que aun tienen atisbos de inconformismo y mostrarles un camino alternativo. O a la gente normal para que viva momentos mágicos.

- ¿Se refiere al camino que usted lleva?

-Sí, a la orden a la que pertenezco, yo antes era una oveja con vendas, descarriada, descarriadísima, vamos, no hacía más que beber y beber. Primero en los bares y luego en los parques, sin finalidad, sin rumbo, iba de pendencia en pendencia, nada me motivaba y todo me parecía un asco, por eso solo quería olvidar, nada tenía sentido. Hasta que conocí la orden, y aquí estoy acumulando ocho años de servicio a mis espaldas... - Dubotsky lo miro con cierto recelo.

-En realidad, tampoco estaba pensando en hacerme nada, si es eso lo que quiere sugerirme, no sé todavía lo que quiero, pero si es verdad que quiero... quiero un cambio, no quiero seguir con la vida que hasta ahora he llevado.

-Mire, si quiere le dejo mi tarjeta. - Le tendió un trozo de cartón irregular y garabateado.

-Por cierto, mi nombre es Lubitz, quizás pueda pasar una temporada con nosotros, conocernos más a fondo y reflexionar acerca de que quiere hacer con su vida, como invitado, sin compromisos, no se crea que por pasar un tiempo con nosotros se va a obligar usted a nada.

- ¿Y de qué se trata lo que ustedes hacen?

-Pues tenemos una filosofía y realizamos misiones acordes con la misma.

- ¿Son una secta?

-Jajaja ¿Una secta? ¿De esos que se aniquilan en grupo o se obsesionan con ideas extrañas por capricho o que se acumulan todos juntos en masas amorfas peor que la general? Por favor, nosotros somos mucho más sofisticados y coherentes y rigurosos que toda esa gente que se aglutina por necesidad, para creer en ideas extrañas, aunque tengo que decir que conocemos grupos ideológicos varios.

-Pero me dijo que tenían una filosofía o unas creencias.

-Sí, pero es una filosofía amplia, hay un librito por ahí, pero vamos, nosotros somos gentes de acción. De todos modos, me puedes llamar para cualquier cosa independientemente de lo de mi orden. Bueno, me marcho, mañana madrugo, tengo mucho que hacer. Me voy a mi espléndida casa, un placer conocerte, y si necesitas algo ya sabes, llámame, mantente en contacto... - Quiso decir su nombre, pero no lo sabía-

-Alfred, Alfred Dubotsky.

-Gracias por tu tiempo Fred, hasta otra.

-Adiós.

Dubotsky quedo meditabundo tras aquel encuentro. Qué tipo más estrambótico aquel, ¿estaría cuerdo? ¿qué podía pintar con él? En cualquier caso, le había caído simpático. Caminó con las manos en los bolsillos, ya era de noche, miró el cielo opacado por las luces de la ciudad. Cruzó la verja negra de donde colgaba el nombre del parque en una chapa metálica. Se acordó de que cuando era muy niño había ido con su padre a una iglesia donde este solía tocar el órgano, era músico. Comenzó a enseñarle a tocar el piano desde muy pequeño, Dubotsky tenía cualidades innatas para el instrumento. Le decía que era como Chopin en carácter y talento. Pero ser músico significaba casi inevitablemente ser pobre. Ya lo vivió en sus propias carnes la madre que a regañadientes acepto que el padre le enseñara música al hijo y se lo llevara de "Iglesias". Ella quería que su Alfred fuera un hombre de negocios, de mundo, no quería más penurias, con un músico en la familia era suficiente. Su

padre era ruso y había conocido a su madre en unos recitales que había venido a dar a su país con una compañía internacional, se conocieron y se enamoraron, pero la madre dijo que ella no se movía de su ciudad y el ruso que estaba totalmente enamorado de ella, convertido a la devoción de su amada desertó de su patria y de todo lo que había conocido hasta entonces, para establecerse con ella en esa ciudad y casarse. Empezó dando clases y tocando el órgano en varias iglesias, pero el trabajo era poco y mal pagado, además que el ruso era un individuo de constitución enfermiza y cada tres por cuatro permanecía convaleciente.

La madre remendaba trapos para ciertas costureras de la ciudad para que la familia pudiera salir a flote. Debía suplir el carácter parsimonioso y endeble del esposo, que fervientemente la amaba, aunque a ella ya le empalagara tanto romanticismo y apelara a un mayor realismo y pragmatismo, ya que a esté todos le mangoneaban y no traía un duro a casa, mientras ella tenía que vender trapos por miserias, y pelearse con todo quisqui para sacar a la familia adelante.

Entró en la casa, en la cocina sobre un hule de cuadraditos rojos había un plato cubierto con otro.

- ¿Eres tu Alfred? - Se escuchó decir a una voz cansada que provenía de la última habitación del piso.

-Sí soy yo madre, no se levante, ya me sirvo yo la cena.

Un día el padre, serio, con la cara pálida, los ojos fijos, apareció cargando un petate a la espalda ante la madre. Ella lo escudriñó con la mirada: marchaba. No vio con buenos ojos esta decisión, lo sentía como un abandono. Pero él ya había tomado su rotunda decisión: Marchaba, marchaba por lo que él pensó el bien de la familia, para que ellos no pasaran más penurias. No quiso despedirse de Alfred que dormía, le dejó una partitura, el nocturno opus nueve, número dos de Chopin, que era su favorita, a modo de despedida. La madre a pesar de su desacuerdo no pudo hacer nada para que cambiara de opinión, esa no sería la solución a sus males, le dijo, él no estaba hecho para el trabajo duro, su salud era frágil, que su falta sería irreparable para ella y su hijo. Fueron argumentos que no movieron la inalterable decisión del esposo. Todos los giros monetarios que llegaron tras un tiempo la madre los devolvió. Las cartas que enviaba no se abrían. A Alfred le dijo que les había abandonado. Transcurridos tres años recibieron una carta, era un certificado de defunción, el marido había fallecido tras quedar atrapado a quinientos metros bajo el suelo en una mina. Unas lágrimas rodaron de sus ojos sin poder contenerse.

Había juntado lo que ganaba como una hormiga durante esos años y todo quedaba para su familia. Gastó tan poco en sí mismo y las condiciones de trabajo a las que se sometió fueron tan duras que llegó a un estado de inanición y debilidad física insoportables. Dejó una nota en la que especificaba que les dejaba aquel dinero para que pudieran cambiarse de casa y para que Alfred continuara sus estudios de piano. Que los quería, que en su pensamiento y corazón solo estaban ellos, y que le perdonaran.

La madre resolvió el testamento con presteza, mando incinerar al fallecido y metió el dinero en un depósito donde todavía permanecía sin haberse tocado, casi como si tratara de algo maldito. No tocaría ese dinero, pero tampoco privaría al hijo del mismo, así que allí quedaba. No se cambiaron de casa hasta que Dubotsky tuvo que marchar a la universidad y la vendieron para comprar un pequeño apartamento en la ciudad, con el dinero de la venta de la misma y los esfuerzos de la madre en su trabajo tejiendo y cosiendo. Tarde tras tarde, madre e hijo arreglaron goteras, cañerías, suelos, muebles, tejado... Taparon huecos, aislaron ventanas, lijaron y barnizaron maderas, alicataron, enyesaron, enlucieron paredes, remendaron cortinas y mantelerías, podaron arboles y arrancaron malas hierbas... En

definitiva, apañaron todos los desperfectos de la casa. Por comando tácito el piano no volvió a sonar, lo vendieron a un comerciante de antigüedades.

La mesa de Dubotsky, estaba pegada a la pared y daba a un gran ventanal, se separaba con dos biombos del resto de mesas que se extendían con el mismo orden de colocación por toda la sala cuadrangular y kilométrica. Estaba decidido, aquella noche no había pegado ojo, las meditaciones en el parque.... Se había decidido, iba a hacer algo distinto. Iba a trazar cambios en su vida, comenzaría de cero, daría un giro total. Iba a dejar el trabajo, se lo comunicaría a su supervisor; entregaría la carta de dimisión con quince días de antelación. Pensaba que no habría problemas, después de diez años de lealtad a la empresa serian comprensivos.

A media mañana, Dubotsky encontró a Tomas a solas. Este vestía un traje de lino gris, se erguía sobre el suelo con arrogancia, como si aquella postura fuera un precepto de la jerarquía empresarial. Llevaba el pelo engominado hacia un lado. Con aire de dominación, se paseaba satisfecho por su despacho, que se separaba de la gran sala de oficinistas por la mitad de una falsa pared acristalada con ventanas transparentes. Se escuchaba el traqueteo de teclados por los pasillos de biombos como fichas de domino desplegadas en líneas horizontales y verticales a lo largo de aquella enorme sala dispuesta como oficina.

Tomás se encendió un cigarrillo con aire interesante, como si su gran benevolencia fuera la razón de que se dejase molestar, al fin y al cabo, aquel infeliz llamado Dubotsky y él, habían entrado a la misma vez en la empresa, con la única diferencia que él había medrado alto, a supervisor de sección, y el otro, el otro seguía en las mismas, dejando que todos le pasasen por delante. Un simple contable toda su vida. Se sentía superior a él de aquí a Roma.

- ¿Qué quieres Dubotsky? - se apoyó en el alfeizar respirando el aire urbano que entraba por la ventana abierta, triunfal. Ese aire le pertenecía, entorno los ojos satisfecho.

- Perdona que te moleste, vengo...ah...- Titubeó, trago saliva. -Quiero pedir mi dimisión-

- ¿Qué? Jajaja ¿qué te has tomado? te debe de haber sentado mal.

- Quiero dejar el trabajo, lo he estado pensando.

- ¿Quieres cambiar de trabajo? ¿Te han hecho una oferta buena en otro lado? - inquirió inquisitivo, empezando a cambiar de postura triunfal a postura encorvada de buitre.

-No. Quiero...quiero... tomarme un tiempo libre, me estoy replanteando muchas cosas, quiero meditar, estoy pasando por una crisis.

Aquello era imposible de creer, aquello no podía estar ocurriendo, aquel estúpido de Dubotsky queriendo dejar de trabajar en la empresa, bajo sus órdenes. Peor todavía, más insultante si cabía, aquel don nadie, sin aspiraciones iba a tener más valor que él para dejar el trabajo y lanzarse a una deriva incierta, aunque se despeñara por un precipicio, claro, sí, pero libre, con arrojo. Pensaba Tomás.

-Jajaja, que estupideces se te ocurren Alfred, anda relájate un poco, tomate hoy el día libre si quieres, pero deja de decir sandeces ¿Cómo vas a dejar la empresa? E irte a que... ¿a convertirte en un hippie piojoso? por Dios Dubotsky, que ya tenemos una edad jajaja.

-Me voy, no sé qué haré, no me importa, solo te vengo a entregar la carta de mi dimisión no a que me convenzas para cambiar de opinión- Al otro le molesto esta insolencia venida de un inferior. Dubotsky cabizbajo le tendió el sobre. Porque sombría y apesadumbrada se sentía su alma, su espíritu se ahogaba en una mortecina penumbra, la opacidad de una vida que había enterrado todo cuanto habría podido ser lucero en su niñez, pero que los años parecía que compensarían cuando la madurez trajera el sosiego de la



estabilidad, los pequeños hobbies y los eventuales placeres. Pero había pasado el tiempo y él lo único que sentía era que borrascas se enseñoreaban clavando finas y afiladas láminas de hielo en lo más profundo de su ser, y como un eco insistente el vacío se habría por doquier, rasgando imperecedero, su ánimo. Lo peor, pensaba, sería el disgusto de su madre, ella creía que Dubotsky estaba haciendo una brillante carrera, que en unos años ocuparía los más altos cargos de las más prestigiosas empresas. Y si no, su trabajo era digno, y su sueldo aceptable, suficiente para garantizarles una vida tranquila y sin contratiempos a ambos. Todo lo que cualquier ser humano cabal podría querer y aspirar. En la cabeza de la señora Dubotsky no cabía la posibilidad de que su hijo tuviera una vida apesadumbrada y vacía. Ella no sabía de esos sentimentalismos modernos, de esas fisuras del alma que se emplastan con cola en misa. Una vida áspera y dura no daba para lamentaciones, la supervivencia ocupaba todo tiempo y pensamiento. Su felicidad, consistía en el aprovisionamiento del cuerpo y para los muertos el alma y las lamentaciones. Ella no paraba en mientes en esas metafísicas, el amor al hijo criado y proyectado a su antojo, eran suficientes razones para su existencia.

Dubotsky se recostó en el respaldo de la silla de su cuarto. Quedó meditabundo. Había entregado la carta, el primer paso ya estaba dado. Esperaba poder pactar los términos de su baja lo mejor posible. Pero sabía que después de esto no habría retorno, tendría seguramente que dejar su casa, el disgusto que le iba a provocar a su madre sería descomunal. Qué podía hacer él, que nunca había hecho nada diferente ni emprendido nada por cuenta propia. Ya estaba la suerte echada y un resorte inexpugnable de su ser no lo dejaba tomar otra decisión que no fuera esa.

Al día siguiente, se personaron en su mesa Tomás y el jefe de recursos humanos. Muy ufanos, muy serios, ambos, a cada lado de la mesa, le flanquearon. El de recursos humanos, regordete, con la camisa abierta, sudando por las sienas incipientes de calvicie.

-Sí dejas la empresa no hay finiquito- Sentenció Tomás-Te vas con una mano delante y otra detrás, o te crees que puedes andar por aquí como Pedro por su casa, es más, la carta que haremos no te será favorable, así que como vuelvas a intentar reincorporarte en cualquier sitio, lo harás, pero limpiando las escaleras. Además, te retendremos el sueldo de dos meses y por supuesto olvídate de la prestación por desempleo.- El gordo panzudo asentía, a todo lo que él otro decía, a lo cual Dubotsky blanco y ruborizado a la vez, no podía articular palabra alguna y dar una respuesta en su defensa.

-No entiendo nada... yo creo que he sido un buen empleado, llevo casi diez años trabajando sin quejarme, sacrificando horas libres... ¿por qué me vais a poner tantas pegas para que me vaya?

-No es nada personal, Alfred, se llama deslealtad, y así pagamos nosotros la deslealtad, ¿crees que a mí no me pasa lo que a ti?, y que voy a hacer ¿marcharme por una crisis de esas... infantiles? ¿En qué mundo crees que vives? ¿en los de Peter Pan? ¿En uno de hadas y princesas? El mundo es serio; y o comes o te comen y a la empresa no se la deja, así como así, además, el resto de la plantilla tomara ejemplo, para que a nadie más se le ocurra seguir el tuyo.

Dejó, contrariado, a sus dos tiranos ardiendo de la felicidad que les proporcionaba un pisoteo tan directo y sin ambages, despliegue de su autoridad. Mientras salía por la puerta de su mini habitáculo de oficina, con su maletín de cuero ajado, una lágrima brotó de sus ojos.

No es que Dubotsky fuera débil, porque él era como un santo, y los santos son tan fuertes como para hacerse mártires y resistir a las adversidades más duras sin que el sufrimiento les doblegue, pero no acertaba a comprender los entresijos de aquellas almas y por ende sus acciones e intenciones... Y reverberaba en sus oídos esa frase, oída en otra

parte, ¿en una película quizás?... O comes o te comen... Tomás quería parecer un gánster de película, pero se asemejaba más un insecto miserable con haciendo uso de su pequeña cuota de poder.

El estanke siempre le calmaba, Dubotsky sufría los embates de la vida en silencio, con entereza, como su madre de alguna manera le había inculcado. Nunca había entendido bien al género humano, ni pretendía, se le antojaba un tema complejo. Sí no hubiera sido por su madre le hubiera gustado acabar regentando una apacible iglesia como párroco, tocando el órgano, difuminarse en el sonido, el sonido que todo lo inmoviliza en una procesión melódica de movimiento, con sus notas murmurando secretos camuflados en las conjunciones creadas por intervalos, tonos, ritmo e intensidad. El órgano solemne, desde el cual y a través del cual, intentar alcanzar el cielo, imitar el canto de los ángeles, ese gran compendio de tubos emitiendo el sonido hacia las bóvedas, a las cristaleras, a lo alto, amparado en la resonancia de la piedra...llegando al alma de los fieles, ayudándoles a elevarse al reino de los cielos. Y él, siendo el conductor de ese proceso, el intérprete, el vehículo, sumido siempre en una paz sacramental. Quizás en otra vida hubiera terminado como párroco de una pequeña iglesia, nadie sabe las posibilidades del pasado ni del futuro. Ya era tarde...hacía tanto que no oía ni practicaba el piano que ya no se veía capaz de leer una partitura. Si su padre no se hubiera marchado, tal vez, todo hubiera sido de otro modo. De nada sirven las lamentaciones, se dijo, lo importante era aprender. Respiraba, ¿no? pues podía seguir cabalgando hacia donde quisiera. Atravesó la puerta del enrejado del parque, que terminaba en unos filamentos de hierro puntiagudos como flechas y dorados. Se sumergió por las calles arboladas, unos mariachis tocaban sus bandurrias al son de una canción; “Ay ya ya yai canta y no llores...” Un abuelo vendía manzanas de azúcar en un carrito de ruedas y almendras garrapiñadas, un mimo permanecía tieso sobre un cajón de madera, moviéndose solo ante el sonido de alguna moneda al caer en el interior de un gorro de copa negro. El viento elevaba las hojas en ráfagas breves... Pasó el palacio de cristal, tan onírico y evocador de princesas y sueños orientales... y se detuvo ante el ángel caído, en medio de una especie de plazoleta. Ese bello ángel había sido expulsado del reino de Dios, por querer parecerse demasiado a él, ese que ostentaba tantos nombres Lucifer, Belcebú, Satanás, Diablo, Demonio, ... La antítesis del bien, el creador y precursor de todo mal y aun todo, Dubotsky no podía si no mirarlo con cierta conmiseración. “Qué extraño es todo”, pensó.

Tras unos minutos contemplando la estatua negra sobre pedestal de piedra, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de pana, siguió de largo por el camino, sumergido en una desilusión persistente que se siente cuando todo te precipita fatídicamente a un lugar sin salida. Existen tantas justificaciones para dar por inamovible esa situación que la mente parece tener solo como opción evadirse para olvidar. Acabó por sentarse en un banco frente al lago, como siempre. Algunos remaban en unas barquitas que se alquilaban y se permitían el lujo de sonreír. Otros se besaban en el albor de los primeros amores, absortos en su descubrimiento, del néctar y los sabores de esas primerizas sensaciones.

Se quedó perplejo mirando al cielo, único lugar donde todo parecía en paz y bello. Allí, descubría la cara de la luna, siempre cambiante, en cuadrantes, pero mudando, asomarse tímidamente por un levante que el sol le volvería a arrebatar al día siguiente. De pronto a lo lejos, se dibujó una sombra negra en una gabardina, se empezó a distinguir la figura de aquel desconocido que la otra tarde le había estado contando todas esas cosas tan originales, cuyo nombre era Lubitz.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

